



Un móvil que se enciende y no se apaga.

Camilo Torres Zorrilla.

A partir de finales de la última década del siglo XX, la República Popular China vive un verdadero y explosivo boom político, económico y cultural. Esta efervescencia producida por la incorporación del gigante asiático a las lógicas de la economía global, se produce en un momento en que la concepción de la sociedad capitalista ve modificados su régimen normativo y se destaca por la transformación del trabajo, la alteración de las relaciones sociales y la homogeneización de los discursos en la democracia.

Las reformas en la esfera política y la liberalización económica que el gobierno chino viene implementando desde 1978, de las cuales su actual presidente Xi Jinping se muestra como uno de los principales artífices, han supuesto cambios sustanciales en la estructura del país. Las decisiones del Estado y su viraje hacia un proyecto político que se caracteriza por mantener connotaciones “particularmente chinas”, se perfilan desde los objetivos que Jinping se encarga de potenciar, entre los cuales se destacan: el fortalecimiento de la nación, la consolidación del bienestar social de los habitantes más pobres y el fin de la corrupción dentro del aparataje estatal.

Como primera estrategia para re-organizar a fondo la sociedad china, se ha ido reconfigurado el rol del PCCh (Partido Comunista Chino) y su construcción histórica, dotándolo de herramientas que permiten actualizar su identidad ideológica, sin renunciar, aparentemente, a los postulados de la tradicional figura del comunismo local; el imperecedero Mao Tse Tung, para dar paso a las necesarias tareas de modernización, crecimiento y estabilidad en el marco económico contemporáneo.

Estos factores dejan en evidencia una profunda rectificación estructural y se suman a las consecuencias del crecimiento acelerado de las grandes ciudades, haciendo que éstas posean características similares a las que podemos observar en cualquier país de nuestro entorno próximo. Otra causa significativa es la empleabilidad en el sector de la construcción y la vivienda, en donde trabaja una importante cantidad de personas que se han desplazado del campo a la ciudad en búsqueda de oportunidades de empleo. Este éxodo masivo desde las zonas rurales a los emplazamientos urbanos, establece una nueva relación con el trabajo, modelando un nuevo **sujeto productivo**, a la manera que

Laval y Dardot nos explican “(...) no se trataba de aumentar la producción material, aún era necesario que el poder se redefiniera como esencialmente productivo, como un estimulador de la producción cuyos límites quedarían determinados ya sólo por los efectos de su acción sobre la producción”¹.

Ante esto, la migración hacia otros enclaves dentro del propio territorio crea un sistema social inestable que termina por insertarse rápidamente en el engranaje capitalista de la economía, dejando al descubierto este fenómeno como una estrategia planificada. El “crecimiento” sin medida responde a numerosos motivos vinculados al reajuste y la renovación del desarrollo de la sociedad china, y un aspecto relevante dice relación con alterar las lógicas laborales históricas, haciéndolas palpables a través de las consecuencias derivadas de las distintas fases de reconversión, producidas por los movimientos estratégicos y geopolíticos del dragón asiático.

Este proceso que se visualiza complejo y genera continuos debates en Occidente, se observa con estupor y desconfianza ante el avance y la consolidación de un nuevo paradigma del capitalismo de última generación. En este sentido, la relectura de los acontecimientos históricos, y una nueva interpretación crítica al pasado maoísta y su concepción de lo rural, se ven modificados rápidamente, viéndose permeados por el contexto de la globalización extendida y el vertiginoso cambio que ocurre en los núcleos centrales de la urbe: donde se pueden observar la mutabilidad del trabajo, la estimulación precaria de la productividad obrera, la exigencia de la mejora del rendimiento de la mano de obra, para de esta manera, consolidar un mercado basado en la hiperproductividad de bajo costo capaz de convertirse en tendencia mundial.



Un suceso destacable se dio a conocer el 1 de diciembre de 2018 y ha precedido -entre otros- a un conflicto de importantes proporciones que estamos viviendo por estos días con la carrera tecnológica como fondo de pantalla; la detención en Canadá de la vicepresidenta y directora financiera de la empresa HUAWEI, Meng Wanzhou. Este hecho encendió de manera pública la disputa por la hegemonía y el liderazgo de la tecnología de última generación 5G o el Internet de las cosas, al mismo tiempo que los presidentes de EE.UU. y China cenaban juntos en Buenos Aires, en el marco de la XIII reunión del G20, cuyo lema era “Construyendo consenso para un desarrollo equitativo y sostenible”.

¹ Laval, Christian y Dardot, Pierre. “La nueva razón del mundo. Ensayo sobre la sociedad neoliberal”. Gedisa Editorial. Barcelona, 2013.

La polémica ocasionada por la detención de Wanzhou que se extiende hasta el día de hoy, desataría un enfrentamiento soterrado y de mayores dimensiones, principalmente, por las luchas de poder y el dominio tecnológico. Esta última semana estamos siendo bombardeados con la noticia sobre las sanciones y vetos impuestos por la administración Trump a HUAWEI, pero el problema no se centra en la red inalámbrica, ni en la competencia por la producción y venta de telefonía móvil a escala planetaria, sino que se focaliza en la disputa por el control de la industria I+D asociada al 5G. Ya que, al ser China quien lleva la delantera en este ámbito, podría hacerse con la llave del futuro próximo del mercado internacional, dirigido hacia los avances en el campo de la sostenibilidad, la robótica, la biotecnología y la inteligencia artificial; logrando imponerse a la supremacía que tantos años han mostrado las empresas privadas y el Estado norteamericano. Este contexto que nos sitúa en un nuevo límite, nos permite encender una voz de alarma y sospecha ante las discrepancias, contradicciones y desacuerdos que caracterizan la gobernanza en la era de la contemporaneidad.



En el año 2015, mientras analizaba distintas ubicaciones y posibilidades para realizar una acción performativa en Berlín, decidí acudir en distintas horas del día al Marx-Engels Forum, parque público ubicado en el distrito Mitte del centro histórico de la capital alemana. Las observaciones que realicé ponían el acento en lo que iba sucediendo alrededor del monumento de los dos próceres comunistas. Descubrí gran afluencia de visitantes en grupos, jóvenes, mujeres, hombres y familias de distinto origen, vendedores de souvenirs, distraídos caminantes y paseantes locales con mascotas e incluso tiempos solitarios, donde podía percibir como estas dos figuras de la historia se mostraban como símbolos de una época lejana.

Sin embargo, en este lugar algo llamó particularmente mi atención, y fue la llegada de un par de autobuses repletos de turistas chinos que desembarcaban raudos y apresuradamente para cumplir con el itinerario de una visita programada. Se acercaron a las estatuas de Marx y Engels para realizar -por turnos muy bien organizados- múltiples fotografías que escenificaban de una manera un poco extraña, su compromiso actual frente a los antiguos líderes y referentes de la clase trabajadora.

Este hecho inesperado despertó mi asombro y estupor frente a lo irónico y calculado de su comportamiento, como si se tratase de un acción repetida, autómata, mecanizada y carente de empatía con el lugar. Este encuentro me permitió entender que esa característica del mundo capitalista global se encontraba ahí y era lo que debía registrar para ser parte de la acción final en aquel espacio público.





En el año 2017, entre el 17 y 20 de enero se produciría otro episodio importante, el presidente Xi Jinping visitaba por primera vez la cumbre más importante de empresarios, magnates y gobernantes de las naciones más poderosas del planeta. En la ciudad de Davos, Suiza, se realizaba el XXVI Foro Económico Mundial, esta vez con el enunciado *"Liderazgo responsable y receptivo"*. Allí el mandatario chino, declaraba firme y claro sobre las políticas reformuladas por el Partido Comunista, acerca de la visión multilateral y la opción de convertirse en los portavoces del diálogo ante el orden global y la apertura de nuevos frentes de los acontecimientos económicos. La presencia de Jinping en Davos, coincidió además con el momento en que el magnate inmobiliario Donald Trump asumía la presidencia de los EE.UU. el 20 de enero de 2017.

Finalmente, podemos decir que la industria china posee un vasto mercado interno y una red internacional muy extensa compuesta por países del Pacífico, el Sudeste Asiático y recientemente ha tenido acercamientos con naciones de África, que le permiten establecer relaciones de reciprocidad para la instauración de áreas de libre comercio, y esto le posibilita hacer frente sin restricciones al desarrollo, producción y fabricación de tecnología de alto nivel. También le entrega la oportunidad de fortalecer condiciones propias e inigualables de negociación frente a su principal adversario y eventual competidor, con el fin de crear un mercado autónomo frente al anquilosado sistema estadounidense; y eso Xi Jinping y el Comité Permanente del Buró Político del PCCh lo tienen muy claro, saben exactamente donde comienza la nueva ruta de la seda del progreso tecnológico.

